

Discurso del Dr. Bogumil Jasinowski

Excmos. Señores Ministros, Monseñor Nuncio, Señor Rector, Señor Decano, Señoras y Señores:

Encargado por el Gobierno de Polonia de representarlo junto con sus universidades dentro del cuadro de las festividades del Centenario de la Universidad de Chile, me siento muy honrado al poder traer a ésta los saludos fraternales de las universidades de Polonia, y, especialmente, al hacer uso de la palabra en este día, tomando parte en el homenaje a don Ignacio Domeyko, héroe polaco, hijo de la tierra de Vilna y alumno de su Universidad, ilustre hijo adoptivo de Chile.

Los oradores que me precedieron han puesto de relieve los diversos aspectos de las actividades del sabio y organizador de la instrucción pública; querría yo completar el retrato de aquel hombre inolvidable, refiriéndome a las raíces de donde derivó, a las influencias que experimentó, a la atmósfera espiritual de Polonia de entonces y de la Universidad de Vilna en que vivió, es decir, querría hablar de las fuerzas que lo formaron y que hicieron de aquel joven de Vilna el hombre, cuya memoria veneramos. Realmente, es poco común el destino de aquel varón. Dedicarse desde joven a los estudios científicos, fundar y dirigir una sociedad estudiantil con los rumbos más elevados que debía ser clandestina en las condiciones trágicas de entonces, pero que no pudo serlo; sufrir persecuciones de las fuerzas opresoras, y, después, luchar con armas contra las invasoras de la patria; verse constreñido a dejar todo lo que quería por hallar al lado del otro océano un país hospitalario, al cual pudo ofrecer todo el cariño de que fué capaz; y, con todo esto, nunca olvidar al país natal, haciendo de su corazón una capilla ardiente del más puro y noble patriotismo, vivir así unos cincuenta años con el anhelo perpetuo de volver a la tierra patria antes de morir, llevando siempre consigo un saquito de la tierra polaca para que lo acompañase en el ataúd, anhelarlo todo, y, en fin, realizarlo—he aquí rasgos tan poco comunes de esta vida que la levantan al nivel de una epopeya romántica. Pero, no se puede comprender aquella epopeya sin penetrar en el alma de Polonia y su herencia viva en el alma de Domeyko. —Una vez más, repito, voy a hablar de la formación de Ignacio Domeyko.

El reino de Polonia, formando la tierra fronteriza de la civilización occidental al Este—semejante a España, tierra limítrofe de aquella civilización al Oeste—como se sabe, tuvo contactos estrechos con Europa Occidental desde su fundación en el siglo X. Aquellos lazos se hicieron aún más estrechos en la época del Renacimiento, haciéndose Polonia misma, durante el siglo XV, una de las grandes realizadoras del Renacimiento y Humanismo europeos. Sus universidades y, especialmente la más antigua—la de Cracovia, fundada a fines del siglo XIV y llamada Alma Mater Jagellonica—tuvieron un papel bien marcado en la elaboración del patrimonio espiritual de Europa.

Cabe observar que aquel Humanismo polaco, con toda su predilección por la cultura clásica, es decir, por el cultivo del latín y griego, nunca volvió la espalda a la ciencia de la naturaleza: en verdad, a partir del siglo XIII hasta el siglo XVII, numerosos son los sabios polacos que se dedican al estudio de la naturaleza. El investigador de la óptica, Vitelio, con su famosa «De perspectiva» en el siglo XIII y el astrónomo de Dantzig, Hevelius, quien quiso inmortalizar al Rey Juan Sobieski, libertador de Viena, dando a una constelación por él descubierta, el nombre de Escudo de Sociedad (Scutum Sobiescianum) marcan los puntos extremos de aquel desarrollo, cuyo punto culminante fué Nicolás Copérnico, el alumno más célebre de la Universidad de Cracovia.

Sin embargo, en la época siguiente al Renacimiento, esto es en los siglos XVII y XVIII, se puede observar en Polonia un debilitamiento del interés por las ciencias exactas, mientras iba aumentando la influencia del clasicismo puro. Cabe recordar que el más grande escritor neolatino del siglo XVII fué Sarbiewski—Sarbievus en la forma latina de su apellido, celebrado en toda Europa como un Horacio moderno, alumno y maestro también de la Academia de Vilna: por esta razón uno de los patios de nuestra Universidad, restaurada en el año 1919, lleva el nombre de Sarbiewski. Entretanto, el siglo XVIII vió madurar el desarrollo del absolutismo estatal—época del Despotismo Ilustrado—tan ajeno y francamente opuesto a la constitución individualista de la República de Polonia, con su debilidad del poder ejecutivo; así tuvieron lugar sucesivamente las tres particiones de Polonia, que hicieron desaparecer en 1795 del mapa de Europa, después de nueve siglos de existencia, aquel estado el más grande entre los estados europeos por su superficie (abstracción hecha de Rusia) y uno de los más populosos.

Sin embargo, la inminencia del peligro nacional desde el primer reparto en el año 1773 y el estado de peligro permanente después de los otros, dieron a la cultura e instrucción de Polonia, una orientación nueva, sacudiéndola y sacándola de la rutina: dirigiéndola hacia rumbos nuevos, la hizo de un salto superar a algunos de los países más progresivos de Europa. Es así como un decenio apenas después del primer reparto, se crea la célebre Komija Edukacyjna, Comisión de Educación Nacional—el primer Ministerio de Instrucción Pública en Europa; primera también en el orden cronológico fué la Constitución polonesa del 3 de Mayo de 1791, anticipándose así en cuatro meses a la primera constitución francesa del 4 de Septiembre del mismo año. Con la Comisión de Educación Nacional, una idea nueva tomó cuerpo; *Primero*: el poderío de un pueblo debe descansar en la instrucción pública; *segundo*: la instrucción debe orientarse hacia las ciencias experimentales, sin romper por esto con la tradición de la enseñanza clásica. Quizá, a alguien entre mis auditores se le ocurra en este momento mismo pensar en la actividad y actitud de Ignacio Domeyko—si así fuese, se habría comprobado la oportunidad de estos relatos míos. Pero, volvamos a nuestro tema.

Ni la actividad estupenda de la Comisión de Educación Nacional, ni tampoco las leyes de la Constitución del 3 de Mayo hallaron una realización completa. Permanecieron como una guía en las tinieblas de la existencia, como un testamento político y al mismo tiempo, como un símbolo de esperanza. Inspirándose en aquellas fuentes se hizo más y más amplio el movimiento del renacimiento espiritual polaco, adquiriendo éste último muchos rasgos de índole romántica y se echaron así las bases de una

de las corrientes más características de la primera mitad del siglo pasado, la del Romanticismo Polaco. Sus vates son los tres grandes poetas de Polonia con Adán Mickiewicz, amigo íntimo de Domeyko, en la primera línea. En este movimiento romántico—el romanticismo en Polonia como también en muchos otros países significó una cierta renovación interior—el papel preponderante cupo a las provincias orientales de Polonia, Volynia con su famoso liceo de Krzemieniec y, sobre todo a la provincia de Vilna con su famosa Universidad. Aquella universidad, fundada como «Academia Vilnensis» por el Rey Esteban Batory en el año 1578 (es por esto que nuestra universidad se llama Universidad Esteban Batory); reformada con el nombre de Universidad en el año 1803, se hizo el hogar principal de la instrucción y cultura polaca de entonces, de donde irradió por el resto del país, atravesando las líneas fronterizas, establecidas por los tres estados dominadores de Polonia entre los tres pedazos de un cuerpo viviente. La herencia espiritual de la Comisión de Educación Nacional, se hizo viva en la actividad del Curatorio de Instrucción Pública de Vilna, estando éste a cargo del Príncipe Adam Czartoryski, amigo del Zar Alejandro I de Rusia.

Siguiendo las indicaciones de la Comisión de Educación Nacional que reservaban un lugar prominente a la instrucción primaria, el Curatorio de Vilna pudo ver con satisfacción el número de escuelas primarias en su terreno—terreno éste que, por la cifra de la población, no alcanzaba ni siquiera a una décima parte de la población entera del Imperio Ruso—crecer más y más, alcanzando en el año 1820 el número de 430 escuelas con 21,174 alumnos, o sea, la cuarta parte del número correspondiente dentro del Imperio Ruso, mientras que el número de los gimnasios o escuelas secundarias, se elevó a más de ciento. Pero el lugar de honor en aquella actividad fué asignado a la Universidad de Vilna, con sus cuatro facultades y un número de mil y algunos cientos de estudiantes, bien considerable en aquella época. La tradición clásica polonesa halló su expresión adecuada con la enseñanza de filólogos tan destacados como Crodeck; cabe recordar a título de ejemplo, cómo Domeyko manejaba la lengua latina, de cuya enseñanza siempre fué partidario y, como su amigo Mickiewicz escribió en París, después de tantos años, odas latinas en honor de Napoleón III para festejar las actitudes de éste en favor de Polonia. Sin embargo, el astro de la Facultad de Filología fué el gran historiador Joaquín Lelewel, ídolo de la juventud estudiantil y, además, el que, después, tuvo un papel de los más importantes en el movimiento revolucionario de 1830 y la guerra polaco-rusa de 30-31. Después de aquella guerra por la independencia, Lelewel vivió en Bruselas y se distinguió como uno de los más grandes historiadores de la Edad Media y, especialmente, de la geografía histórica medioeval. Sus conferencias en Vilna eran las más concurridas, y uno de sus auditores más asiduos fué Ignacio Domeyko, el cual, aunque estudiante de la Facultad de Ciencias Físico-Matemáticas y Naturales, mostró tanto interés por la Historia universal y polaca que dejó dos grandes volúmenes de notas manuscritas, que casualmente he tenido el placer de leer y examinar aquí mismo.

Con todo esto, el rasgo más destacado en la Universidad de Vilna fué el sitio de honor que tenían los estudios de las ciencias experimentales. El Rector de la Universidad, que tenía una autoridad preponderante en sus actividades, merced también a sus dones personales, fué el célebre astrónomo y matemático Juan Sniadecki, siendo su hermano menor el célebre biólogo Andrés, autor de una obra francamente precursora en su época: «Teoría de los Seres Orgánicos». Fué en esta Facultad, dirigida por

hombres tan eminentes donde Ignacio Domeyko se inició en Física, Química, Mineralogía, y Paleontología; ciencias éstas que continuaron siendo su ramo predilecto, el mismo cuyo conocimiento difundió en su segunda patria.

Pero el estudio de las ciencias de la Naturaleza en Vilna de entonces no fué un ejercicio de las fuerzas intelectuales con el rumbo meramente utilitario y práctico. He aquí un fenómeno que tiene cierta analogía con el estudio de la Naturaleza en la Universidad de Oxford en el siglo XIII y la de Cambridge en el siglo XVII. Fueron ambas en sus tiempos respectivos un hogar dedicado al cultivo de la ciencia experimental, unido de modo estrecho a los estudios clásicos y animado al mismo tiempo de un cierto espíritu platónico-pitagórico, abierto para la contemplación de la belleza natural y armonía del Universo. Porque, el cultivo de las ciencias experimentales en una atmósfera de pura aplicación técnico-utilitaria es profundamente distinto del que se realiza en el ambiente desinteresado de la belleza cósmica: con un proceder que parece el mismo, resultan diferentes el alcance teórico y el efecto educativo. Cosa extraña: parece que la ciencia de la naturaleza progresa más cuando el hombre se acerca a ella con un sentido de intimidad, que si prosigue rumbos puramente prácticos, degradando la naturaleza para dejarla desnuda de todo encanto. Porque hay una diferencia fundamental entre el *usar* de la naturaleza y el *gozar* de ella, aunque con ciertos rumbos de utilidad, entre *frui natura* y *uti natura*. Es por esto que Francisco Bacon quizás habría podido decir: «Naturae non imperatur nisi amando» (no se domina la naturaleza sino amándola), en lugar de su sentencia conocida: «Naturae non imperatur nisi parendo» (no se domina la naturaleza sino obedeciendo a sus leyes). En verdad, fué la atmósfera intelectual de la Escuela Neoplatónica de Cambridge en el siglo XVII la que produjo el gran Newton, discípulo del matemático Isaac Barrow, que fué también profesor de literatura griega en Cambridge. Ahora bien, el romanticismo de la primera mitad del siglo pasado hizo revivir muchos rasgos del neo-platonismo renacentista; contra el intelectualismo racionalista del siglo XVIII proclamaba él la prioridad del sentimiento y de la voluntad. «El sentimiento y la fe me hablan más fuertemente que el vidriecito y el ojo del sabio», dice Mickiewicz en uno de sus versos más conocidos. Lejos de despreciar el intelecto, la corriente romántica considerábalo en un ligamen estrecho con la emotividad humana, negándose a admitir la existencia de una facultad cognoscitiva, aislada de las demás.

La búsqueda del hombre entero que se revela en cada uno de sus actos, incluso sus actos cognoscitivos,—tal fué uno de los rumbos ideales del romanticismo polaco. Si es así, no hay que insistir demasiado en las diferencias entre ciencia y arte, hay que cultivar una y otra, animadas ambas por el soplo del sentimiento religioso.

He aquí que llegamos al punto principal de nuestras consideraciones. La instrucción que se les ofrecía a los estudiantes en la Universidad de Vilna, de ningún modo fué lo esencial; esencial, en cambio, fué la educación, es decir los nobles rumbos educacionales que se proponían las sociedades estudiantiles de los Filomates, Filaretos y Radiantes. No bastaba ser un «filomates», o sea un amante de la sabiduría, el filomates debía hacerse «filaretos», amante de la virtud: ciencia sin virtud era considerada como algo sin valor verdadero. Actitud noble y fructificadora que debería inspirar también a la época actual. No hay que recordar aquí los trágicos destinos de aquellas sociedades que se proponían el cultivo de la ciencia junto con el de la virtud, ambas como la base verdadera del renacimiento de Polonia y de su liberación del yugo ex-

tranjero; no hay que revivir aquí el destierro de sus organizadores, Mickiewicz, Zan y Domeyko, en consecuencia de la persecución zarista. Basta comprender cómo la verdadera educación del hombre se formaba dentro de aquellas sociedades; basta esto para comprender que su formación definitiva Domeyko la recibió allá. La índole creadora de la Sociedad de los Filomates y Filaretos nos explica no sólo una cierta universalidad de sus intereses científicos, sino también su cultivo del arte musical y, sobre todo, sus altas calidades de escritor chileno. La herencia romántica de los ambientes espirituales de Vilna debía revelarse en el autor de «Araucanía y sus habitantes», porque éste, en busca de belleza, no pudo permanecer indiferente al encanto del idioma castellano, buscando en él la expresión adecuada de sí mismo. Se comprende ahora lo que decía a su respecto don Miguel Luis Amunátegui: «Don Ignacio Domeyko es una mezcla de sabio, de cristiano y poeta, la cual da a su persona y a su conversación un atractivo especial. Su cerebro es propiamente un templo en cuyo altar mayor está colocado Dios, y en los otros laterales, a la derecha, la ciencia y a la izquierda el arte». Podemos ahora comprender también las raíces íntimas de la sentencia de Domeyko: «La fe unida a la ciencia inspira en el hombre pensamientos elevados y hasta heroicos».

Heroica fué, en verdad, la vida de Domeyko, heroína la salvaguardia de la herencia que le dejó su patria y la Universidad de Vilna.

Dijo alguien: «*Qu'est qu'une grande vie? L'idée de la jeunesse, réalisée par l'age mure*».

* * *

Heme aquí llegado al fin de estas consideraciones, ya demasiado largas. No quisiera, ciertamente, en esta hora de homenaje hacer vibrar los sonidos extraños al rumbo principal, mezclando los acentos dramáticos a la sublime serenidad de la fiesta. Sin embargo, me resultaría difícil y hasta imposible dejar en silencio las condiciones trágicas de las universidades polacas, de la juventud estudiantil y del cuerpo docente. Pocos son los profesores que siguen viviendo, enmudecida la juventud, es decir, la parte que se halla en vida. Hubó en Vilna entre otras, una corporación estudiantil que se llamaba «Filomatia Vilnensis», que quiso en cierto modo continuar la tradición de los Filomates y de la cual yo mismo, fuí curador y miembro de honor, pero ¿cuántos han sobrevivido? La ciencia polaca y las universidades han sufrido y sufren lo indescriptible—así es que debo hablar no solamente en el nombre de los vivos, sino también en el de los muertos. Pero no puedo desesperar de que a Polonia *patiens* y a Polonia *militas* deba suceder *Polonia triumphans*.

Por esto espero que vendrá un día cuando habrá de hacerse oír la voz de las universidades polacas, resucitadas a la vida nueva.

BOGUMIL JASINOWSKI.